

Cultura de los nativos Americanos: Su evolución independiente.

POR A. H. KEANE. LONDRES.

(Traducido por Manuel Julio León y la Srta. Cornelia Olmstead.)

No es ahora mi objeto dar una noticia detallada, ni aun especial de los trabajos que abajo se citan. (1) Se mencionan aquí, principalmente para facilitar las referencias, las cuales en todo caso se harán con sus respectivos números romanos. Ayudarán, al mismo tiempo, para demostrar la importancia que se ha dado á cuestiones relativas á los orígenes de la civilización de los nativos americanos, que por largo tiempo interrumpidas, se han revivido en años recientes. La discusión, que había estado sin base desde el descubrimiento, adquirió por vez primera una forma concreta á principios del siglo XIX, cuando A. de Humboldt puso el inmenso peso de su autoridad en el lado malo de la balanza, con la aserción de las influencias asiáticas directas en el crecimiento de las civilizaciones locales, desde el Perú hasta México. Pero hubo protestas; ó cuando menos murmullos de desaprobación, al principio, y se apeló al entendido observador de hombres y cosas, W. Bartram. Éste, después de una cuidadosa investigación en un vasto campo del continente del norte, dedujo que ninguno de los monumentos y cosas examinadas por él en conjunto, descubría el más mínimo signo de las artes, ciencias ó arquitectura de los europeos ú otros habitantes del antiguo continente. (2)

Así se fundaron las que pueden llamarse escuelas asiática y americana; cuyas disputas, al principio en gran manera académicas, amenazaron en un tiempo llegar á ser interminables; pero en las

(1) La lista de las obras impresas se da al fin del presente artículo.

(2) *Travels*, 1792, pág. 522.

teorías científicas, como en el mundo biológico, hay un resto de las opiniones más autorizadas ó acomodadas, y las más acomodadas se alcanzan cuando la sola observación vence á los hechos cuidadosamente observados. Me propongo aquí demostrar que este punto de la cuestión se ha realizado, y que la opinión americana será ahora francamente aceptada y vista como un seguro límite en las posteriores investigaciones acerca de los orígenes, emigraciones y relaciones inter-culturales de los orígenes americanos. Mi opinión, aunque tan claramente la formulé hace unos veinte años, en mi artículo INDIOS, ha sido muy á menudo mal interpretada, y creo que contribuyó á la novena edición de la "Enciclopedia Británica:" después, más desarrollada á su vez en mi ETNOLOGÍA y EL HOMBRE, SU PASADO y SU PRESENTE, se le ha estudiado tan poco, que juzgo necesario repetirla aquí de un modo más especial, ó con el lenguaje más sencillo que me sea posible. Sostengo, pues, que la América provino y fué poblada desde Alaska hasta la Tierra del fuego, durante las edades de piedra al menos, por dos corrientes de emigraciones, una del Noroeste de Europa, la otra del Noroeste de Asia; principalmente por conexiones de tierra que de entonces acá han desaparecido, debido á aquellos hundimientos que convirtieron el Nuevo Mundo en una isla, tanto étnica como geográficamente; y también por otras razones ya especificadas en otro lugar, cesó todo movimiento importante emigratorio del Antiguo Continente, después del establecimiento general; y los *Amerindas* (1) como frecuentemente se les llama ahora, quedaron así libres para continuar su desarrollo normal de raza y civilización en su nueva tierra, sin ser afectados por influencias extrañas de ninguna especie hasta la llegada de los normandos y de los españoles. Desde entonces, lo que tienen de común con los demás pueblos del hemisferio oriental es únicamente, lo que trajeron durante el período de la emigración, y estas pocas semejanzas son á saber: las formas de los utensilios de piedra encontrados entre las razas primitivas: las piedras de fuego con las marcas asociadas de las tazas: los gérmenes de un lenguaje articulado: el grupo de familia heredado de los antropoides superiores: algunas ideas religiosas imperfectas apoyadas en la dirección del SHAMANISMO: tal vez algunos signos primitivos tales como la cruz ó *swastika*, y los toscos rudimentos de las artes más simples. Pero aun cuando mu-

(1) La palabra propuesta por la Sociedad Antropológica de Washington es una contracción de "indios americanos" (*Amerinds*.) y aunque conveniente, por desgracia perpetúa la equivocación de Colón, el cual creyó haber encontrado la ruta que se había buscado por tanto tiempo para las Indias Orientales.

cho de esto pueda haber sido traído, ó aunque mucho pueda haberse desarrollado, y cuando recordamos la naturaleza común física del hombre, parece ser un "trabajo de supererogación" recorrer el mundo en busca de motivos é inspiraciones para explicar simples crecimientos que pueden nacer espontáneamente en cualesquier suelo.

Todos los restos, artes superiores y monumentos de los terraplenes de Ohio y "Casas Grandes," desde los pueblos de Arizona hasta las pirámides, templos y palacios Mexicanos y Centro Americanos: las huacas, acueductos y caminos reales Peruanos, los estupendos monolitos de Tihuanaco, las avanzadas instituciones sociales, organizaciones políticas, filosofías, sistemas de calendarios, escritos pictóricos, y tal vez fonéticos, deben reputarse sin vacilación como propios de los nativos. En otra palabras: la cultura americana propiamente así llamada se desarrolló localmente, sin deber nada absolutamente á extrañas influencias. Sostengo, además, que esta consideración ha pasado del punto de un razonamiento é hipótesis *à priori* al dominio de los conocimientos adquiridos, y debe por lo tanto tenerse como establecida, en el mismo sentido que, por ejemplo, las enseñanzas evolucionarias se consideran ahora establecidas de una vez para siempre.

Hay que tener como axiomático, que la consideración que armoniza más con las condiciones conocidas, que explica mejor el gran número de factores en un problema dado, debe sostenerse contra las teorías rivales: ahora creo que puede demostrarse, que el origen americano de la civilización se encuentra en este caso y en un grado preminente, y que por sí solo cuenta con todos los fundamentos con los cuales no cuenta el asiático, el cual deja innumerables hechos enteramente sin explicación. En la teoría asiática no hay ni analogías donde se deberían esperar identidades, y las llamadas semejanzas cuando se llevan á las pruebas quedan completamente desechadas. Tal vez el problema más importante de la cuestión está en el lenguaje, y debe hacerse constar desde un principio, á pesar de las aserciones de etimologistas que no son críticos, y aun de algunos pensadores de buen criterio, que no hay comparación posible entre la lingüística americana y la del resto del mundo. El lenguaje articulado se divide en cuatro órdenes morfológicos bien establecidos, que difieren uno de otro tan profundamente, como los órdenes ó aun las clases de los reinos animal y vegetal. De estos órdenes, tres: el aglutinante, el aislante y el inflexivo, están distribuidos en el hemisferio Oriental, mientras que el cuarto, el polisintético, ocupa exclusivamente el Occidental. Se ha tratado de probar que la polisíntesis no es un orden distinto,

difiriendo muy poco de la aglutinación, y por consiguiente las lenguas americanas tienen una afinidad estructural con la mongólica vascuense, y otras lenguas aglutinantes del Viejo Mundo. Pero la diferencia es radical, y consiste en la tendencia de la polisíntesis á abarcar, no solamente los elementos pronominales, sino también los animales y calificativos de las oraciones en una sola forma verbal ó de participio, un llamado "racimo de palabras," á veces de una prodigiosa longitud.

Así el paradigma verbal se hace interminable, y en los Tarascos de México, por ejemplo, algunas combinaciones tales como *hopocuni*, "lavarse las manos," *hopodini*, "lavarse las orejas," etc., se conjugan en todos sus modos y tiempos en su forma positiva, negativa, casual y otras. Esta extraordinaria estructura morfológica, de la cual algún solo caso se da en otra parte; en realidad con una que otra rara excepción en los esquimales de Groenlandia y en los araucanos de Chile, puede explicarse únicamente en el supuesto de que los *proto-amerindas* poseían una forma común de discurso, que se desarrolló en todas partes en líneas polisintéticas durante un inmenso período de aislamiento completo y ajeno á extrañas influencias.

Los vocabularios nativos son igualmente independientes, y todos los ensayos de comparaciones léxicas con chinos, japoneses, malayos, polinesios, vascos, irlandeses, galeses y de otras lenguas del mundo, han terminado en el mayor descrédito. He aquí un caso típico que servirá de preservativo para aceptar el *ipse dixit*, aun de las mayores autoridades, cuando haya una cuestión etimológica. En el libro VI, pág. 262, el Sr. Ciro Thomas nos dice que el nombre Zapoteca *Ape*, que según el Dr. Brinton puede propiamente traducirse "relámpago," es muy parecido al nombre usado para designar el "fuego," que prevalece por toda la Oceanía (*Nalazo*) *Api*, Samoa, *Afi*, etc.). En las palabras Zapotecas *Laari-apiniza* encontramos precisamente la forma original de la palabra oceánica usada para designar el "fuego," pero en Zapoteco la palabra que significa "fuego" no es *Api* ó *Ape*, que significa "*pajaro*," sino *Laa* ó *Lha*, como se ha demostrado por el Dr. Seler (Libro IV, págs. 8 y 15), donde "fuego" permanece como el signo del segundo de los veinte días del calendario Zapoteca. Estos días se publicaron primeramente por el Dr. Seler, y tomados, como él mismo se lamenta, sin el conocimiento de su significado, por el Dr. Brinton para su "Calendario Nativo de Centro América y México:" al tomarlos, erró en las palabras *Api* y *Laa*, y así hizo errar también al Sr. Thomas.

De igual manera la Sra. Nuttall (III. *passim*) propone un nú-

mero imposible de etimologías, tales como las de la ciudad mexicana de *Chalca* con el griego *Chalcis*, y de la antigua capital azteca *Temistitan* con el filósofo Bizantino *Themistius* (Cuarto siglo A. D.), asegurando que no habiendo podido reorganizar el Imperio Bizantino con fundamentos propios, aquel prefecto de Constantinopla, ó una partida de sus fieles partidarios, se refugió en la escondida tierra del Este, y allí se desarrolló el proyecto perfeccionándolo y conservándolo intacto hasta el tiempo de la Conquista Española. ¿Puede asegurarse que el nombre *Temistitan*, signifique la tierra de la ley, del orden y de la justicia establecidas, dedicada al Griego Themis, del mismo modo que Nueva Roma se dedicó á *Shopia*, Sabiduría? ¿Existió alguna especie de conexión entre el nombre de la capital mexicana, el sistema con el cual estaba establecida y el filósofo Themistius? No son estos los delirios de un lunático etimológico, sino las serias sugerencias de una entendida escritora que ha escrito muy bien en otras materias de arqueología americana, pero que desgraciadamente es impelida por su tesis á encontrar relaciones á toda costa entre los dos hemisferios. Mientras tanto, en contra de tales semejanzas permanece la barrena del sistema lingüístico, que cuando se emplea maduramente, debe aceptarse como concluyente.

Respecto á las artes industriales, canastería, hilados, tejidos y alfarería, ninguno ha tratado esta faz de la cuestión mejor que el entendido Dr. succo Stolpe, el cual habla con aplomo del asunto, y después de larga observación de los procedimientos y resultados, declara que, donde quiera que el puro material ha sido útil ó ventajoso, puede probarse que todo desarrollo del arte nativa americana es indígena.

El Dr. Stolpe critica francamente á los escritores modernos que, como el Dr. Hamy, Shurz y otros, aun persisten en buscar analogías ó contactos con el Viejo Mundo, y repite que él no ha encontrado una señal de tales conexiones de cultura entre las artes mecánicas del Viejo Mundo y los antiguos americanos. Pero su libro (1) no es generalmente accesible y el investigador se refiere por lo tanto al trabajo del Sr. Dellenbaugh (I.) que agota la materia y está también escrito con cuidadosa observación. Este trabajo tiene, además, el gran mérito de trazar los métodos industriales, desde sus más rudos principios al través de todas las transiciones, hasta su mayor grado de excelencia alcanzado por los *amerindas* en los tiempos pre-colombinos.

El Sr. Dellenbaugh llega independientemente á la misma con-

(1) *Studies in American Ornamentation*, Stokolmo, 1897.

clusión que el Dr. Stolpe, y como él, truena terriblemente contra las fútiles tentativas que se hacen constantemente para refutar el procedimiento local, "importando diferentes pueblos de diferentes partes del mundo y su reciente civilización. Pero mientras más se estudian los *amerindas*, más homogéneos se encuentran y más aislados de las influencias del Viejo Mundo, y á la vez mientras más se estudia la materia, más confinados nos encontramos del hemisferio Oriental para el origen del pueblo *amerinda* tal como lo conocemos." (1)

Se ha dado mucha importancia á la presunta semejanza entre los juegos y pasatiempos de ambos hemisferios, y el profesor Tylor, el más distinguido y sesudo abogado de la teoría asiática, ha dedicado un tratado especial (V.) á este aspecto de cuestión tan interesante.

Le da gran importancia á ciertos caracteres comunes de el *patolli* mexicano y del hindu *pachisi*, y los cree suficientemente semejantes y numerosos para hacer una invención independiente y altamente improbable.

De aquí la inferencia general de que "la relación de los grupos juegos *pachisi-patolli* en el Antiguo y Nuevo Mundo debe considerarse como comunicación antes de la Conquista Española."

"Si la comunicación al través del Atlántico se desecha, la alternativa es la comunicación al través del Pacífico con el Asia Oriental." (2)

Pero después de una investigación minuciosa, observadores competentes, tales como el Sr. Culin y el Sr. Francisco Cushing, han rechazado el origen asiático del *patolli* que ellos declaran ser "verdaderamente americano en su origen." No hay duda que los juegos son un buen dato antropológico cuando la continuidad y el contacto son posibles, pero de otro modo aun las apariencias más sobresalientes son nulas.

Así, el Sr. A. R. Wallace encontró que los papuas de Malasia podían llevar en sus "cunas de gato" más de lo que él mismo podía, y también nos dice que los mismos papuas tienen un juego de "football," que se juega con el "el brazo, los hombros, rodilla ó pantorrilla, exactamente igual al juego mexicano y centro americano, en el cual la pelota debía ser arrojada no con las manos sino con los hombros ó la cadera." (3) Ninguno, sin embargo, concluirá de todo esto, que los bretones, los aztecas y los mayas tomaron sus juegos de los papuas.

(1) I, pág. 430.

(2) V., pág. 14.

(3) Seler, IV, pág. 109.

Meditando acerca de estas fútiles tentativas para traer todo del extranjero, el Dr. Brinton, uno de los campeones más sobresalientes de la teoría americana, escribe patéticamente: "Cuando veo volúmenes de este carácter, muchos envolviendo prolongada y árdua investigación, me afecto de un sentimiento de honda consideración por los hombres hábiles, que gastan sus esfuerzos en perseguir futilidades para la ciencia, fatigándose en recorrer caminos que no conducen á ninguna parte, y desatendiendo á los postes, gufa que únicamente puede dirigirlos á tierra segura."

Mucho se ha dicho acerca de ciertos labrados en roca, que se dice son de origen asiático, y atribuidos á los chinos, japoneses y á otros inmigrantes, ó tal vez á peregrinos budistas que descubrieron el Fu-sang (mítico) en América.

Permítaseme decir desde luego, que la leyenda del Fu-sang, fué reprobada por el Sr. Enrique Cordier, quien ha demostrado que la identificación de esta región nebulosa con América es imposible, y en esto conviene también M. R. Verneau. (1)

La misma reprobación han sufrido todas las "inscripciones" que se han examinado críticamente.

No me refiero á una ó dos ruinas, tal vez verdaderas, algo más que las huellas de las habitaciones (Norse), que la Srta. C. Horsford cree fueron descubiertas en Cambridge, Mass.

Ninguno de esos datos, si se comprueban, pueden afectar nuestro argumento, una vez que el descubrimiento de América por los hombres del Norte ya no se discute; pero no así los supuestos labrados asiáticos en roca: el documento japonés, por ejemplo, que el Sr. O. H. Howorth encontró en Sinaloa (México) y creyó era suficiente para establecer un importante eslabón en la colonización pre-histórica de la América Central.

Pero en la reunión del Instituto Antropológico de Londres, donde dijo que este "eslabón" era japonés, el Sr. Daigoro Goh prontamente refutó el supuesto, demostrando que la inscripción de Sinaloa no tenía la menor semejanza con los caracteres pre-históricos japoneses con los cuales había sido comparado. (2)

Después de esto sería inútil tratar del "Davenport" y otras inscripciones de algún sistema ecléctico de varios escritores del Viejo Mundo, y de vez en cuando extraídas de los terraplenes del Valle del Mississippi por sus "autores."

Los *amerindas* tenían sistemas de escritura propia, que no solamente no tienen influencias extrañas, sino que son de tal natu-

(1) *L'Anthrop.*, 1896, pág. 605.

(2) *Jour. Anthrop. Inst.*, Feb., 1894.

raleza, que prueban claramente que deben haberse desarrollado localmente.

En efecto: América es una de las pocas regiones donde la evolución del arte de la escritura puede estudiarse de una manera inteligible al través de todas las transiciones, desde los modestos principios pictóricos hasta el punto de los *equivocillos*, inclinándose hacia un verdadero sistema fonético.

De los petroglifos tallados ó pintados que tienen una inmensa importancia en el vaso Laurenciano de la Argentina, y muchos de los cuales eran ciertamente anales pictóricos, el paso es bastante claro á los cuentos de invierno de las Praderas indias, mientras que las divisas heráldicas y totémicas en los postes del frente de las casas de los Tlinkits y Haidas de la costa Noroeste son obviamente simbólicas, si no de otra manera significativas. Como estas, á menudo, presentan una cierta semejanza á los tiki ó pilares labrados que decoraban las tiendas de los jefes Maori, siempre han sido tomadas como una prueba de las influencias polinésicas en los nativos de la Columbia Británica y tierras adyacentes.

Pero el Sr. A. P. Niblack, que ha hecho un estudio especial de este punto, se fija en las futilidades de tales ideas al trazar el origen y afinidad de pueblos ampliamente separados, por sus instituciones sociales y civilización en general.

Después de apuntar varias coincidencias en la organización política de las tribus, su tenencia de tierra, leyes de venta, marcas de tatuaje, ornamentación de canoas, remos, frentes de casas, etc., etc., el Sr. Niblack continúa: "las columnas mortuorias de madera labrada en el frente de las casas Maori, son también sugestivas; pero es justo decir que mientras todo esto no es en un sentido accidental, sin embargo, las semejanzas y similitudes parecen haberse levantado de las tendencias semejantes del entendimiento humano, bajo las mismas condiciones externas, para desarrollarse al través de líneas paralelas, como al través del contacto de estas tribus ó al través de un origen común." (1)

Una observación semejante ha hecho también Teodoro Waitz, que es más instructiva, especialmente en la sicología comparativa de los diferentes grupos sociales. Refiriéndose á las analogías que existen entre los pueblos asiáticos y americanos que se han traído á colación por Delafield en las "Antigüedades Americanas" y en alguna otra parte, declara que "la mayor parte de estas peculiaridades no prueban nada: conciernen á cosas que se encuentran frecuentemente en las naciones no civilizadas de las más re-

(1) *The Coast Indians.*

motas regiones. El mismo modo de procurarse el fuego, frotando un pedazo de madera en el hoyo de uno más grande, prevalece en Australia, Norte y Sud-América, entre los cafres y bojesmanes y también en las Carolinas y Aleutas, etc." (1)

Un orden tan grande como éste, tanto en tiempo como en espacio, es atribuido al baile del fuego y al convado, probablemente las dos costumbres sociales más extraordinarias de las que hay algún recuerdo

El baile del fuego fué practicado antes de la fundación de Roma, y aunque generalmente se supone ser desconocido en el Nuevo Mundo, me ha sido posible cerciorarme con autoridad ocular, que era una institución popular entre los ahora extinguidos *catawbas* de la Carolina del Norte. "Estos pobres infelices, escribe el exquisito viejo Lederer, están extrañamente infatuados con el mal del diablo; me causó no poco horror ver á uno torcer su cuello á un lado, arrojar espuma por la boca, pararse de manos por cerca de una hora y después volviendo á su sentido, brincar la lumbre sin herida alguna." (2) Cuando se nos dice, además, que hay una raza que anda sobre la lumbre y que ese rito es ó ha sido practicado en Nueva Zelanda, Japón, Sur India y otras partes (Andrew Lang), empezamos á creer la tontera de urdir teorías de afinidades y contactos sobre tal fundamento. También debemos observar, que destructoras de sí mismas son esas teorías, pues los ejemplos paralelos del convado, el andar en el fuégo y otros semejantes, si prueban algo, probarán á lo sumo que los *siouan catawbas*, por ejemplo, tuvieron una comunicación absoluta y simultáneamente con los japoneses, los polinesianos, los búlgaro-ungrías y los antiguos sabines. El *quod nimis probat nihil probat* se levantaría protestando contra tal conclusión. Recientemente Mr. N. W. Thomas ha llamado la atención sobre algunas semejanzas entre las costumbres agrícolas europeas y americanas, como dando una prueba sorprendente de que tales coincidencias "no son necesariamente debidas á la transmisión." (3)

De esta manera los pápagos de Arizona hacían un baile de lluvias al rededor de un palo en el cual había una cabeza de venado con la carne debajo; los *pawnees* bailaban, cantaban y oraban ante un pájaro relleno de toda clase de raíces y hierbas; los *finnish woguls*, después de haber comido un venado, dejaban la piel

(1) *Anthropology*, pág. 257.

(2) *Man Past and Present*, pág. 394, cuya referencia está tomada de J. Mooney, *Siouan Tribes of the East*, pág. 71.

(3) *Jour. Antrop. Inst.*, Enero—Junio de 1901, págs. 155 á 156.

y los cuernos como ofrenda, algunas veces llenándola con arroz; los antiguos eslavos de Prusia, cuando sembraban el maíz en el invierno, mataban y comían un chivo, colocaban su piel en un palo alto y en la siguiente cosecha colgaban un manojito de maíz y hierbas arriba de la piel del chivo, cogíanse las manos y bailaban al rededor de este "maypole" de Lithuania. Volúmenes se podrían llenar con tales ejemplos, pero todos para probar la unidad común *psíquica*, y así fortificar la teoría *monogenista* de su origen contra las todavía comunes ideas *poligenistas*.

Llegamos ahora á los monumentos: las vagas comparaciones que se han hecho entre las semejanzas de Tiahuanaco y Stonehengen, el palacio de Mitla y el Parthenon; Uxmal, Palenque y Chichen-Itza y los templos hindus de Java y Camboja; pueden ser seriamente rechazadas como incapaces de defensa. Sin entrar en detalles, aquí imposibles, podemos preguntar ¿por qué son el Boro-Bodo de Java y el Ankor-Bat de Camboja inmediata y evidentemente reconocidos como inspiraciones hindus, mientras que las analogías orientales de los edificios yucatecos son todavía invento de ingeniosas especulaciones arqueológicas?

Evidentemente, porque los primeros fueron hechos bajo la mano guiadora de los Budistas y Brahmas; en cuanto á los últimos son los productos independientes de la cultura Centro Americana. En la Indo-China y Malasia tenemos inscripciones Sanskritas y Palis legibles; en la tierra de los mayas tenemos también monumentos cubiertos de inscripciones, pero las cuales hasta hoy no se han podido traducir. Los monumentos americanos, á consecuencia de esto, quedan como testigos silenciosos de la evolución local independiente de la civilización *amerinda*.

La escuela asiática se apoya principalmente en las pirámides, pirámides en Menfis, pirámides en México, pero los edificios de aquí no eran verdaderamente sino terraplenes cuadrados, terminados en una plataforma ancha sobre la cual había un templo; por esto se les llamaba en azteca *teocalli*, "la casa de Dios," y en Maya *humal*, "templo del cerro."

Casi siempre se hacían con terrados que iban disminuyendo de abajo hacia arriba, y con escalinatas que daban acceso á los altares en donde se hacían los sacrificios humanos; y Mr. Maudslay hace poco ha enseñado que todos, sin excepción, eran de esta clase. (*IX passim*.) ¿Qué tienen todos estos monumentos de común con los del Valle del Nilo, los cuales son apropiados por sus prototipos, pero que eran sepulcros reales terminados en pico é inaccesibles por su parte exterior? Debe observarse, además, que los egipcios dejaron de hacer pirámides más ó menos 2,000 años antes de la nue-

va era, mientras que las de Papantla, Teotihuacán y Cholula, las más antiguas del Nuevo Mundo, se supone que datan de fechas anteriores á 800 A. D. Hay derecho á preguntar: ¿si son atribuidas á los antiguos egipcios, por qué tardaron tanto tiempo para hacerlas? Si á los nuevos egipcios (post-dinásticos), ¿cómo vinieron á revivir un estilo de arquitectura ya olvidado hacía 2.000 años? Así, las pirámides, la áncora mayor de la teoría asiática, prueban ser nada más una caña quebradiza.

Además de las divinidades sanguinarias de sus panteones nacionales, los aztecas se distinguieron por sus ideas sublimes respecto de un Ser Supremo, creador y gobernador del Universo; é influencias orientales se introdujeron para explicar esta creencia: á este supremo dios Xonacatecutli no se le hacían ofrendas, pues no las necesitaba; aborrecía la continua y abundante sangre que se requería para reconciliar á Tezcatlipoca y á otras divinidades nacionales.

Pero sin ir fuera del país, para buscar la fuente de tan altos conceptos, Seler, más satisfactoriamente supone que Xonacatecutli no se originó del culto (?) vivo de esas influencias sobre los poderes supernaturales, que se creen necesarias para obtener sus socorros en los instantes de angustias, ó con cualquiera otra intención material: el ideal, fué el resultado de una especulación filosófica, de la falta de un motivo de causalidad, como por ejemplo, el Dios de nuestros sistemas modernos teosofísticos; así es que los frailes se acercaron más á la verdad cuando á esta divinidad la describen como el "verdadero y único Dios de los antiguos mexicanos." (IV, págs. 38-9.)

Otra explicación menos aduladora á la inteligencia *amerinda* debe darse del manitú algonquiano y del wakanda de los dakotas, cuyos derechos para llamarse seres supremos no se originaron de las filosofías nativas, sino de los misioneros cristianos y de otros investigadores estudiosos del pensamiento aborigen.

Mr. W. J. Mc Gee, demuestra que el sentimiento común del "wakanda," el creador y otros, son una ilusión: "wakanda" es más bien una calidad que una existencia, y en cualquier caso solamente una substancia material y en ningún sentido un espíritu. Así, en muchas tribus "el sol" es wakanda, no "el wakanda" ni "una wakanda," sino nada más "wakanda," y entre las mismas tribus la luna es "wakanda," así como los truenos, los relámpagos, las estrellas, los aires, el cedro, hasta un hombre, especialmente un *shaman*, puede ser "wakanda" ó un "wakanda." Además: este término se aplicaba á los monstruos mitológicos del aire, de la tierra y de las aguas. También á los *fetiques* y á objetos de ceremonia y adorno, á varios animales, al caballo entre las tribus de los llanos, á muchos obje-

tos y lugares de carácter sorprendente, pues es fácil comprender cómo el investigador superficial, dominado por sentimientos, quizá engañado por los astutos nativos, llegó á adoptar y perpetuar la interpretación falsa. (1) En efecto: lo correspondiente al "wakanda" de los dakotas no es ni el Jehovah de los hebreos ni la Divinidad de los cristianos, sino más bien el *mana* de los polinesios, que es tan difícil de comprender, pero del cual se encuentra una luminosa explicación en el "Melanesians" del Reverendo R. H. Codrington. (2)

Un último refugio se buscó en el sistema del Calendario azteca-maya, y viéndose que era perfecto, las influencias del Viejo Mundo le fueron acomodadas inmediatamente y aceptadas. La impresión se robusteció, cuando Humboldt encontraba no solamente analogías, sino también lo que él creía identidades entre los nombres de los meses y signos del zodiaco de la América Central y del Asia. De esta manera los signos *cuatro liebre, culebra, mono y perro*, se correspondían, y el *leopardo* podía corresponder al *jaguar*, aunque los otros siete no se correspondiesen. No había mucho que fiarse en esto, pero era todo lo que hay de común. Las cronologías, divisiones de tiempo, número de días, semanas ó meses, *ciclos* de años, etc., son enteramente diferentes, y ahora que todo el asunto se ha examinado, la evolución local de los sistemas *amerindas* se ha colocado fuera de toda duda. Sabemos, por ejemplo, que tanto el año de los aztecas como el de los mayas, tiene 18 meses (los cuales Seler prefiere llamar semanas), de 20 días cada uno, con cinco "epactas," pero sin ningún bisiestro, ú otro correctivo para corresponder al verdadero cálculo solar; y también sabemos que había á lo menos dos "ciclos" de cuatro y cincuenta y dos años, respectivamente. Esto es evidente, y está bien confirmado, especialmente por las investigaciones de Mr. Ciro Thomas (XI, pág. 205), el cual demuestra que los veinte signos para los días en los códices mayas eran copiosamente fonéticos; mejor dicho: un enigma que se podía entender únicamente en el lenguaje maya, y por eso de origen maya.

Los diez y ocho meses (semanas) aztecas, de veinte días cada uno, están claramente indicados por los correspondientes signos en la famosa piedra del Calendario, que fué hecha por uno de los antecesores de Moctezuma, el rey Axayacatl, en 1479, y ahora se conserva en el Museo Nacional de México. Este monumento se ha estudiado por el señor A. Chavero, que sin vacilar atribuye

(1) *Fifteenth An. Report., Wagshington Bureau of Ethnology, 1897.*

(2) Oxford, 1891

el sistema astronómico á los esfuerzos de los aborígenes americanos.

Ninguna otra conclusión es posible, pues este Calendario, con sus divisiones de tiempo ya demostradas, es enteramente diferente de los de Babilonia, de Egipto, de Grecia, reformados por Metón de Atenas en 432, A. C., por Julio César, y por otros sistemas del Mundo Viejo. La materia completa se encontrará entera y doctamente tratada por Mr. Payne (II. Vol. II.), en donde las mistificaciones de León y Gama, y otras falsas ideas que se han formado sobre los cálculos astronómicos *amerindas* se aclaran.

Una especie de seguridad matemática se adquiere de esta manera para la evolución independiente; y como lo mayor contiene lo menor, no puede haber más dificultades en acreditar las nativas con las otras artes, industrias, instituciones políticas y sociales, para las cuales se han buscado prototipos en las partes más lejanas del globo.

Aquí me permitiré referirme á un contraste sorprendente, pero raramente conocido. Los antiguos himyaritas de Sud-arabia, quienes poseen los métodos más antiguos conocidos, tanto como los babilonios, introdujeron estas divisiones de tiempo en Madagascar, hace miles de años, seguramente antes del tiempo de Salomón, como lo he demostrado en otra parte.

El resultado es que la gente malagasia todavía tiene un sistema de calendario enteramente semítico, en el cual los siete días de la semana no son arábigos (post Koran), sino en totalidad más arcaicos, Arábigo-himyantico, de las inscripciones Sabæas y Minæas. Además: sus nombres de los meses no son los de los arábigos moslemes, sino los de las doce constelaciones zodiacales de Babilonia en las formas semíticas introducidas por los himyaritas. Está, por esto, fuera de disputas que los habitantes malayo-polinesios de Madagascar recibieron su cronología de los arábigos del Sur en tiempos pre-Mohamedanes; y aquí viene el contraste. Puede ser tan evidente de sí mismo, que de lo contrario los habitantes de la América del Sur hubieran recibido su sistema de calendario de los árabe-babilonios, que es el origen del Griego, Indio y Chino, y de otros calendarios de todo el hemisferio Oriental. Si lo hubieran hecho así, la realidad hubiera sido tan clara como en el caso de Madagascar.

Ahora llegamos á una serie de consideraciones que es todavía más concluyente, si es posible. Que la cultura *amerinda* en totalidad es de crecimiento local, así como en sus ramas especiales, por ejemplo, el tejido y el alfar se pueden estudiar en el mismo sitio, desde las raíces, en los tiraderos de conchas del Brasil y Tierra del

Fuego hasta en sus eflorescencias en el Perú y entre los aztecas y mayas. De parte de la teoría americana esto no presenta ninguna dificultad y es lo único que se debe esperar; pero en la presunción asiática es inexplicable é imposible: supongamos por un momento que tales desarrollos comiencen con gente enteramente africana ó eurasiática-malaya, indo-china, japonesa, griega, y bisantina de la señora Nuttall, vasca, egipcia, babilonia y otras, cada quien equipado con sus aplicaciones características de cultura. ¿Cómo en ese caso se respondería por el sambaquí y otros *kitchen middens* que están en la costa, y alguno de los cuales dicen que son muy antiguos? ¿Cómo se explicarían, entonces, los toscos implimentos de piedra, hueso y madera de varios grupos; la humillada condición social de los seri, mexicanos y botocudos del Brasil; el completo salvajismo y el pronunciado canibalismo de muchas tribus del Amazonas? ¿Los astrónomos babilonios, los constructores de los templos y de las pirámides del Egipto, los filósofos griegos é hindús, acaso olvidaron sus artes y ciencias, y empezaron de nuevo como si fueran desde esta "*tabula rasa*" para arriba?

Si no lo hicieron así, los tiraderos de conchas, los paleolitos, los neolitos, los sopletes y otros elementos primitivos se quedan sin explicación. Si lo hicieron así, entonces no obraron como seres racionales, como inmigrantes modernos, por ejemplo, que traen consigo sus aplicaciones avanzadas de cultura y continúan en sus nuevas poblaciones la civilización de las metrópolis.

En cualquier caso, todas estas aplicaciones del Oriente no existen en el Occidente.

¿En donde están las pesadas embarcaciones, las *praus* de los malayos, los juncos, los trirremos, sin los cuales no habrían podido llegar? ¿Acaso, como César, quemaron sus naves y volvieron á las canoas de cáscara de abedul de los algonquianos, á las almadias, al timón de los peruanos, ó á los botes de los caribes? Pues nada se encontró por los Conquistadores en el Nuevo Mundo, en donde la navegación estaba en estado rudimentario en muchas tribus de Sud-América: jamás lanzaron ni una flota en los magníficos ríos que entran y salen entre las arboledas del Amazonas. Cuando Gonzalo Pizarro llegó á Napo en Quito, para atravesar este tributario del Amazonas, en 1540, tuvo que hacer un buque chico; el cual fué la admiración de las poblaciones situadas al lado del río.

Y cuando Orellana lo abandonó, tuvo que hacer lo mismo para poder seguir el gran río hasta su desembocadura.

Así, pues, fueron las velas izadas por Cortés en los lagos mexicanos, una sorpresa y un terror hasta para los vasallos civilizados de Moctezuma.

Tan universal ignoracia de la navegacion,—fuera de la canoa ó *cajak*,—en una region que posee los mejores ríos y canales navegables en el mundo, debe satisfacer aun á los más tercos, pues estas vías fluviales nunca fueron visitadas por los malayos y fenicios navegantes del Oriente. Pero, contra toda evidencia, y sin ningún ingenio, la Sra. Nuttall asegura con seriedad (III, pág. 531) que «los acontecimientos que tuvieron lugar en Egipto entre los años 379 y 451 A. D., deben haberse sentido por los descendientes de los antiguos, desterrados y fugitivos mercaderes, fenicios, cartaginenses y griegos.»

«Las emigraciones de estas regiones (las costas del Mediterraneo) sin duda influyeron en una interesante combinacion de la estrella arcáica (*fire-drill*), y adoracion del *socket* encontrados en Yucatan y México, existiendo un proyecto de organizacion social altamente desarrollado y perfectamente filosófico; idéntico en motivo al que en el Viejo Mundo contribuyó á un ideal que fué el resultado de siglos de experiencia y vida activa intelectual. Las mismas investigaciones enseñan que las influencias originadas de los más antiguos centros de civilizacion del Viejo Mundo, llegaron á diversas partes de la América en tiempos diferentes, y que pueden haber sido llevadas allí por una raza navegante y constructora, como la de los miniana, los magas, los fenicios, ó sus descendientes.»

Admitiendo que estos últimos fenicios hubieran olvidado sus galeras y trirremos, suposicion inadmisible, seguramente deben haber ocultado mucho las lámparas, pues éstas son todavía más indispensables para «una vida activa intelectual.» Pero cuando las buscamos, no las podemos encontrar en ninguna parte del Nuevo Mundo, excepto entre los hiperboreanos eskimos, y ellos, al menos, no dicen ni que son fenicios ni que sean sus descendientes.

Aparte de esto, el profesor E. B. Tylor admite, contra su propia opinion, que ningunas «lámparas fueron conocidas entre los aborígenes de América, ni siquiera entre los más cultos mexicanos y peruanos.» (1)

La idea de que los *amerindas* hubieran recibido su cultura del Oriente, y no hubieran conservado la lámpara, tan útil aun en su forma más sencilla, es demasiado grotesca para ser admitida por cualquier sano pensador.

Puede haber sido transmitida por los *normandos* á los eskimos, ó más probablemente inventada por ellos, viendo que era una necesidad de la existencia, que los ha acompañado en todas sus emi-

(1) *Jour Anthropol. Inst.*, 1884, pág. 352.

graciones desde Alaska, alrededor del mar helado, hasta Groenlandia y el Labrador. El Dr. Walter Hough, que demuestra gran autoridad sobre este objeto, se inclina á esta opinión, diciendo que «mientras que el eskimo es dependiente de su lámpara para su existencia, parece ser seguro traer á la vista como corolorio que su emigración á su presente habitación fué subsiguiente á la invención de la lámpara. Además, la lámpara parece haber determinado la distribución de los eskimos.» (1)

Un origen asiático también se excluye, pero «lámparas administradas tan diferentemente parecen no tener ninguna relación genérica.» (2)

Pasando, ahora, á los otros accesorios necesarios para la civilización en el Viejo Mundo, otra vez los buscamos en vano en el Nuevo Mundo. Y aquí es oportuno preguntar, si á la llegada de los fenicios, egipcios, malayos y otros inmigrantes orientales, el Nuevo Mundo no era una *tabula rasa* sino ya habitada por los *amerindas*, ó ¿acaso estos aborígenes no aprendieron nada de sus amigos ó enemigos extranjeros? Si aprendieron algo, ¿qué ha pasado con ellos?

¿Qué todo se olvidó como el navío y la lámpara? ¿En dónde estaban el té, el café, las sedas; los cereales como el arroz, el trigo, el centeno, la cebada, la avena, los cuales podían por sí solos reproducirse, pero de los que ni un solo grano había crecido antes del descubrimiento?

Para comprender toda la fuerza de este argumento, nada más debemos recordar las actuales y espléndidas cosechas de trigo en California, y de arroz en la Carolina.

Tampoco perderá su fuerza, cuando aplicada á los animales domésticos del hemisferio Oriental,—ovejas, chivos, caballos, bueyes, marranos, aves caseras—que una vez introducidas debían haber prosperado tanto en los tiempos pre-colombinos como post-colombinos. Y pregunto una vez más, ¿en dónde están los idiomas, las letras, las cronologías, los jeroglíficos, los signos cuneiformes, los alfabetos de aquellas gentes cultas orientales?

Seguramente, es más sencillo afirmar que nunca vinieron aquí, que habiendo llegado, todos murieron en tan conveniente vecindad.

Después de esta rápida investigación, me creo autorizado para decidir con Mr. J. W. Powell, que no se puede establecer una alianza entre la gente aborígen de América y cualquiera otra ra-

(1) *The American Anthropologist*, Abril de 1898. Véase también su monografía ilustrada *On the Lamp of the Eskimo*, Washington, 1898.

(2) *Ibid.*

ma de la raza humana del Viejo Mundo: que «es evidente que ninguna de las artes de los indios americanos fué traída del Oriente:» que «las artes industriales de América fueron originadas en América:» que «América, al tiempo del principio de las artes industriales fué habitada por tribus que habían salido del Viejo Mundo, antes que aprendiesen á hacer cuchillos, puntas para las lanzas y las flechas, ó al menos cuando conocían el arte nada más en su estado más imperfecto:» que «el hombre primitivo existía aquí desde la invención del cuchillo y martillo de piedra;» que «el indio Americano no derivó sus formas de gobierno, sus artes industriales ó decorativas, su lenguaje ó sus opiniones mitológicas del Viejo Mundo, sino que las desarrolló en el Nuevo;» y finalmente, que «en los caracteres demóticos del indio Americano todo lo que tiene de común con las tribus orientales es universal, todo lo que distingue un grupo del otro en América lo distingue de todas las otras tribus del Mundo.»

Puede decirse que estas opiniones parecen haber interesado á los más importantes antropólogos americanos, tales como el Sr. J. Dellenbaugh y el profesor E. S. Morse, quien inició una discusión sobre el objeto, en el congreso de la Asociación Americana de Detroit en 1897, y estableció la unidad esencial de los *amerindas*, tanto en sus caracteres físicos, como en sus desarrollos de cultura.

-
- I. *The North Americans of Yesterday*. By Frederick S. Dellenbaugh, 1901.
 - II. *History of the New World called America*. By E. J. Payne, Vol. ii., 1899.
 - III. *The Fundamental Principles of Old and New World Civilizations*. By Zelia Nuttall, 1901.
 - IV. *The Tonalamall of the Aubin Collection*. Dr. E. Seler's German Explanatory Text. Englished by A. H. Keane, 1901.
 - V. *On American Lot-Games as Evidence of Asiatic Intercourse before the Time of Columbus*. By E. B. Tylor, 1896.
 - VI. *Day Symbols of the Maya Year, in Sixteenth Annual Report, Bureau of American Ethnology*. By Cyrus Thomas, 1897.
 - VII. *On Various Supposed Relations between the American and Asian Races*. By G. Brinton, 1893.
 - VIII. *Whence Camè the American Indian?* By J. W. Powell, *Forum*, Feb., 1898.
 - IX. *A Glimpse at Guatemala and Some Notes on the Ancient Monuments of Central America*. By Anne C. Maudslay and Alfred P. Maudslay.

El artículo anterior se publicó en inglés en la interesante revista londinense, intitulada *The International Monthly*, correspondiente al mes de Marzo de 1902, Vol. V., núm. 3, págs. 338 á 357.
